

DISCURSO INAUGURAL

DE LA

ESCUELA PRÁCTICA DE ESPECIALIDADES MÉDICAS

(22 de Noviembre de 1896.)

EXCMO. SEÑOR: SEÑORES:

La nueva Corporación, á quien tengo el honor de sacar de pila por este Discurso inaugural, es, realmente, una Corporación nueva: lo es por su condición genérica de formar una Policlínica más entre las incontables que hoy funcionan en el campo universal de las especialidades médicas, y lo es por su característica de Escuela dedicada á trascendentales fines, nunca hasta el presente perseguidos por otra institución análoga, española ni extranjera, de las que admiten discípulos en sus consultorios. Por el primero de estos dos conceptos, la flamante Sociedad constituye una Policlínica igual á las demás, y no necesita, en consecuencia, relación expresa de su naturaleza, mecanismo y fines; empero, por el concepto segundo, ó sea por su condición trascendente en cuanto ESCUELA, como quiera que se diferencia de todas las Corporaciones de su género, elevándose sobre ellas á la altura inconmensurable que separa de lo real y próximo lo trascendental y remoto, necesita que su espíritu y su tendencia sean clara y cumplidamente revelados, siendo, por tanto, esta revelación el obligado y natural argumento del presente Discurso.

Y, así, lo comienzo declarándoos que el propósito de la nueva Asociación, en cuanto Escuela, es contribuir, según sus fuerzas, á abreviar y resolver laudablemente la grave, gravísima crisis profesional por que está pasando años ha, sobre todo en el extranjero, nuestro arte; crisis cuya mayor gravedad está en que las modernas generaciones médicas, poseídas como viven de progresivo horror á todo esfuerzo del pensamiento, no se percatan de que la pasan, ni menos aún se dan cuenta de por qué arte ó razón la están pasando; lo cual es tanto más de lamentar, cuanto que no pueden ser ni más manifiesto el hecho de la tal crisis, ni más evidentes sus causas, ni más llanos y seguros los medios de resolverla, según lo voy á demostrar con la mayor concisión que la claridad consienta.

NATURALEZA DE LA CRISIS

Cuanto al hecho en sí mismo, ó sea al fenómeno crítico de él, diré, sin ambages ni rodeos, que consiste en el riesgo de que, precisamente al adquirir la Medicina el mayor grado de precisión diagnóstica, de seguridad pronóstica y de eficacia terapéutica, haciéndose por ello acreedora, más que en otros tiempos, á la consideración social, *precisamente*, repito, en este periodo, los Médicos, salvas contadas excepciones, acobardados ante el pasmoso desenvolvimiento, la inabarcable magnitud de la moderna Medicina, y faltos de superiores estímulos, propenden á degenerar, unos, los *meriatras*, ó especialistas, en turba de operarios industriales, tocados del consiguiente mercantilismo y expuestos á la subsiguiente relajación moral; otros, los *pantiatras*, ó prácticos generales, en propinadores de remedios á la moda y curadores más falibles que lo fueron en su tiempo aquellos taumaturgos precursores del verdadero arte de curar; con lo cual se exponen, unos y otros, á ir perdiendo su prestigio público, lejos de acrecentarlo, renunciando, *precisamente*, repito, por efecto del progreso médico, al bello ideal cuya expectativa alentara á nuestra clase desde que el mundo es mundo; al ideal muy realizable de que, á fuerza de adelantar, lleguen los hijos de Esculapio á constituir un nuevo poder público más saneado, legítimo y vivaz que los ya muy carcomidos poderes histórico-políticos que hoy crujen bajo la pesadumbre del social conflicto.

Muy graves diréis que son estas mis declaraciones; lo mismo digo yo, y por graves las hago, ya que esta vez, como siempre, al permitirme revelar un mal, hágolo con ánimo de aconsejar el seguro remedio. Y de que en mi fuero interno es gran dolor, no satánica complacencia, el consignar ciertas claudicaciones del gremio á que pertenezco, os será fiador el altísimo concepto que de la majestad de nuestro ministerio y de la brillantez de su porvenir social y político tengo formado, según acabo de declarar por centésima vez, pues lo inculco donde y cuando quiera que de la clase médica peroro ó escribo.

Volviendo al hecho, lo primero que á su solo enunciado se ocurre es calificarlo de paradoxal; porque, en verdad, ¿cómo se explica que en el punto y por efecto de elevarse la Medicina á su actual esplendor, el espíritu médico tome industriales tendencias? ¿Quién tan insensato que al verse rico se eche á pordiosear, ó al obtener honores

se exponga á vilipendio? Sin embargo, como no hay hecho real que no tenga su causa natural, debe forzosamente tenerla el que es objeto de mis declaraciones, y todo el punto de la cuestión está en dar con la razón suficiente del fenómeno.

Pues bien; mis indagaciones me conducen á asegurar que la buscada razón se oculta en el fondo de la Historia, y que sólo se revela á quien, acertando oportunamente á prescindir de las minucias histórico-críticas, muy útiles para otros efectos, acude al examen de los grandes procesos histórico-evolutivos. El telescopio, por tanto, y no el microscopio, es quien puede procurarnos la visión total, clara y limpia de los precedentes y las causas de la paradoxal crisis que nos ocupa.

Veamos, por tanto, lo que el telescopio nos descubre.

A través de los siglos, la evolución del pensamiento médico nos presenta, en medio de tanto afirmar y negar, tanto hacer y deshacer y tanto dar vueltas al derredor de lo incognoscible, dos movimientos capitales, grandiosos, resueltos, incontrastables, comprensivos de todos los demás y de cuya armónica combinación surgirá un día, como definitiva resultante, el *Arte médica humanamente perfecta*, encarnada en la plena realidad del *vir probus, Medicinâ peritus*. Estos dos movimientos son: la revolución antigua iniciada por Hipócrates II y la revolución moderna operada por Andrés Vesalio, y que aún se está desenvolviendo á nuestra vista.

De estas dos revoluciones, la primera emancipó la Medicina del poder sacerdotal, convirtiendo la superchera taumaturgia de los clérigos de Esculapio en un Arte civil y libre; congetural, sí, pero ingenuo, modesto, filantrópico y eminentemente virtuoso: Arte cuyos fundamentos filosófico-empíricos (muy superiores y anteriores á los trasnochados baconianos), cuyo juramento de probidad profesional, cuya norma didáctica sobre obtención de Médicos peritos, cuyo concepto general de la función curativa y cuyo profundo sentido individualista ó unitario, ni han sido ni pueden ser superados, y menos aún sustituidos, quedando todo ello como progreso definitivo ó cancelado á título de *continente* perpetuo de todo ulterior adelantamiento. Esta revolución, preparada por algunas generaciones, realizóla un solo hombre, porque era revolución organizadora, sintética, y para empresas de tal indole el plural estorba; si en Austerlitz hubiesen militado tres Bonapartes, dos de ellos hubieran estado de más y habríase perdido la batalla.

La segunda revolución, la iniciada por el admirable Vesalio, allá por el año 1543 de nuestra Era, y hoy en el período de máxima efer-

vescencia, vino á completar la empresa hipocrática, emancipando de toda tiranía político-religiosa al espíritu de investigación, entregando la naturaleza entera al afanoso examen de legiones de inquiridores de la realidad (los cuales han debido ser muchos por ser analítica, inquisitiva, esta segunda revolución), y procediendo con fe y entusiasmo nunca vistos, no cesa de convertir aquel conjunto discursivo, congetural, hipotético, que formó el provisional contenido hipocrático, en un tesoro de datos reales, intuitivos y de procedimientos expeditos y seguros; descubriendo, en una palabra, el *CONTENIDO digno del hipocrático* CONTINENTE y de las aspiraciones que en su tiempo el Moisés de la Medicina no podía en modo alguno satisfacer. Esas gloriosas legiones de investigadores, combinando con el progresivo análisis anatómico, fisiológico, patológico y terapéutico las sorprendentes invenciones de físicos y químicos, obtuvieron, de una parte, la exteriorización estética, ó perceptiva, de las más hondas lesiones, y, de otra, el alcance manual ó tratamiento objetivo directo de las mismas; de suerte que, en la esfera clínica, todo el arte va entrando en el goce de aquella expedita seguridad que un día fué exclusivo privilegio de la más gruesa y exterior Cirugía; lo cual explica el hecho indiscutible de que la Medicina actual posee recursos para que los Médicos curemos más y mejor y más pronto que lograron hacerlo nuestros antepasados.

Por lo dicho se ve que las dos revoluciones se completan mutuamente, formando juntas la Historia *substanciada* y *substanciosa* de la Medicina entera, á tal punto, que si de sus anales suprimis mentalmente los demás sistemas ó escuelas de todo tiempo y lugar, dejando solos el viejo hipocratismo y el moderno experimentalismo, hallaréis en el conjunto y sucesión de éstos todo lo *necesario* á la evolución completa y perfecta del Arte, resultando *innecesarios*, en el concepto arquitectoral del mismo, y como mera ornamentación, los demás movimientos, y necesitándose á su vez recíprocamente los dos principales, por cuanto el primero sin el segundo infunde probidad y sabiduría muy pobres de recursos periciales, y el segundo sin el primero proporciona una gran riqueza pericial, pero sin garantías de probidad ni de sabiduría.

Esto es lo que me ha revelado un sereno y profundo estudio de la evolución de la Medicina desde sus prehistóricos orígenes hasta el día presente. Más breve: el hipocratismo aislado era un *continente* en espera de su *contenido*, y el experimentalismo actual es el verdadero *contenido* capaz de llenar aquel grandioso *continente*; de donde resulta esta inesperada verdad, á saber: que en la historia fundamental ó

substantiva de la evolución médica, Andrés Vesalio, nacido en 1514, se halla más cerca de Hipócrates que los inmediatos sucesores de éste, Tésalo, Dracón y Polibio, y que las demás lumbreras *pre* y *post-galénicas*, con inclusión de Galeno mismo.—¿Por qué?—Pues, porque para la historia realmente *fundamental*, semejantes personajes no han existido. ¡Harto supieron lo que se hacían aquellos grandes médicos del Renacimiento cuando al condenar á la peor de las muertes de ultratumba, al glorificado Claudio Galeno y demás santones de la antigüedad, no sólo hicieron excepción de Hipócrates, sino que le pusieron sobre sus cabezas, honrándole como á persona divina. Hasta el mismo Paracelso, que fué en una pieza el más genial y el más desvergonzado de los Médicos nacidos y por nacer, rindió al perpetuo legislador de la Medicina el más sagrado respeto.

LOS DOS ERRORES TRASCENDENTALES

Mas, como esté de Dios que todo progreso en el orden de las ideas se extreme, por laudable que sea, produciendo inmediatamente algún grave mal, ved ahí lo que sucedió en cuanto los modernos adelantamientos llegaron á sazón de poder dar frutos de clínicas aplicaciones. Ello fué que la vanidad, fuente inagotable de sandeces y desapoderamientos, hizo caer á la generalidad de los Médicos en dos errores á cual más peligroso, y que, por constituir las verdaderas causas próximas de la crisis en que me ocupo, merecen particular y sucesivo examen.

ERROR PRIMERO

Ante el maravilloso acopio de trabajo experimental se creyó que ello bastaba para constituir *in integrum* la Medicina, y, en consecuencia, desde los albores del corriente siglo se acordó tácitamente que el hipocratismo, tomado en bloque, debía ser relegado por ridícula antigualla, como todos los demás sistemas históricos, á un absoluto olvido.

No tardó ese pecaminoso menosprecio en producir sus naturales efectos, pues el orden moral no admite indultos ni dilatorias. En efecto, como quiera que desde Vesalio el ejercicio del análisis había multiplicado por verdadera *vegetación* los problemas anatómicos, fisiológicos, patológicos y terapéuticos á resolver, la consiguiente ampliación del campo investigador hizo indispensable dividir el

trabajo, lo cual, mientras sólo afectó á la investigación pura, ó de gabinete, fué conllevado por los sabios á ella consagrados, sin que en nada perjudicase al resultado, meramente analítico, de sus respectivas labores; empero, cuando ya en el primer tercio de este siglo, el agrandamiento del campo científico ó de gabinete determinó el del campo clínico ó de aplicación, ya entonces fué forzoso apelar á la división *profesional* del trabajo; resolución delicadísima, como no se oculta á vuestra penetración; pues si de una parte es cierto que no hay práctico capaz de ejercer magistralmente la enormidad de la Medicina moderna, no lo es menos, de otra parte, que el cliente, como sujeto y objeto de nuestro Arte, es uno é indiviso en el padecer, uno é indiviso en el llamarnos, uno é indiviso en el someterse á nuestro tratamiento y uno é indiviso en el retribuirnos..... y lo que es esto, al más ligero de cascos, como llegue á verlo claro, le llama á una gran reserva y á muy honda meditación. Sin embargo, la turba clínica, novelera de suyo, como todo el que anda escaso de recursos, creyendo de buena fe y á fuerza de oirlo decir á cuatro santones, que toda verdad médico-profesional se resolvía en la positividad empírica moderna, comprendiendo que era necesario dividir el trabajo profesional, y no teniendo ante sus ojos más norma que la manufacturera aplicada á la perfección industrial y á la baratura de los productos, cayó en el *primer error*; optó por repartir la tarea médica de suerte que cada facultativo entendiéndose de las enfermedades propias de una parte anatómica del cuerpo humano ó se dedicase á la cura de una determinada especie de enfermedades y hasta de la administración de un particular agente terapéutico; acordándose desde luego, por tácito pero universal acuerdo, entender por *Especialidad médica el cultivo de una parte de la Medicina con aplicación á su peculiar orden de casos prácticos*, bien así como se entiende por *especialidad manufacturera el aprendizaje de una parte del total artefacto para la mejor y más barata construcción ó montura del mismo*.

Con tan estrafalario discurrir, los médicos no veían que dentro de su juicio, de intención análoga, todo se hallaba menos la analogía; porque la verdad es que del total artefacto, pretendido análogo del cliente, no tiene para qué entender una jota el obrero Pedro ó Juan, ya que para ello están al frente de la común tarea el ingeniero ó su capataz delegado, mientras que el Médico, como se atenga á ejercer de obrero según la definición dada, renunciando á ser *ingeniero*, ó sea médico total de la manufactura en que toma parte, caerá muy por debajo del operario, pues trabajará sin superior que le dirija y sin propia inteligencia del total objeto de su labor. Y así, por tan in-

sensato sistema, el campo clínico resulta colonia de picapedreros, ocupados en corregir cada cual el labrado de una determinada piedra, sin contar ni con arquitecto director ni con el propio conocimiento del plano del edificio á que los dichos sillares corresponden.

Resultado inmediato inevitable de tan estúpido discurrir, fué el horror á todo conocimiento médico ajeno á la especialidad propia y el consiguiente olvido de lo poco ó mucho que de ello se hubiese aprendido en las aulas, y hasta por una vanidad nunca vista, por vanidad al revés, porque era vanidad de ignorancia, que allá por la década de 1870 á 1880 llegó á tomar, aun en España y todo, un cariz neurótico, muchos especialistas fundaban su *buen tono* en jactarse de absoluta incapacidad de prestar al prójimo la más elemental asistencia médica, en cosa no pertinente á la especialidad señora de sus pensamientos y tesoro de sus especulaciones.

Entonces fué cuando, sublevada mi conciencia, tomé por primera vez cartas en el asunto, publicando con el título de *Criterio de introducción á las especialidades médicas* mi primer trabajo sobre naturaleza y disciplina de las mismas, trabajo en el cual definí la *Especialidad médica* diciendo que *es la aplicación de toda la medicina á un orden particular de casos prácticos*. En esta definición por nadie combatida, por muchos explícitamente aceptada y que no dudo acabará por prevalecer, se contiene el germen de todo cuanto llevo publicado y ahora escribo acerca del *especialismo* y el *generalismo* profesionales.

Volviendo ahora, señores, á la general aberración de referencia, fácil os será imaginar los estragos del orden ético-profesional que hubo de producir el desdichado empalme del concepto de Medicina con el de industria, por cuanto la inflexible lógica había de conducir á la conclusión de que, repartido en lotes el cuerpo humano, con absoluta ignorancia acerca de los órganos no comprendidos en el lote de la especialidad y completo prescindimiento de lo que de humano tiene nuestro cuerpo, el médico especialista, arrastrado por el error de tomar como industria su profesión, podrá creer lícito en consecuencia todo agiotaje sobre el objeto de ésta, y pues hoy en ninguna parte la industria brilla por su moralidad..... y en todo tiempo y lugar el espíritu de negocio ha brillado por una inmoralidad, que parece serle ingénita, resulta muy fundada la presunción de que en lo que va de siglo, ó sea durante la luna de miel de las especialidades médicas con el espíritu industrial, tan sólo aquellos prácticos de alma superior y dotados, por naturaleza ó por educación, de lo que llamaré *señorío interno*, habrán podido resistir la tentación de tomar nuestro Arte, que los siglos calificaron de sacerdocio, como un oficio

industrial, abierto á toda forma de reprobables concupiscencias. Y ahinca esta presunción en el ánimo convirtiéndola en dolorosa certidumbre, la consideración de que un tal colapso de la dignidad coincide con la desaparición de la enseñanza y de la literatura ético-profesional en todas las naciones del globo. En Francia, en Austria-Hungría y en Inglaterra han visto la luz recientemente, y han sido traducidas por nuestros periódicos técnicos, vehementes lamentaciones á propósito de la desaparición de la llamada Moral médica del campo docente. Respecto á las demás naciones ignoro si hay quien lamente tal decadencia pedagógica, aunque bien pudiera ser cosa peor, bien pudiera ser que no se percataran de ella. En cuanto á nuestro país, cábeme la satisfacción íntima de haber restaurado en él esa importantísima rama de pedagogía profesional, y sobre todo de haberlo hecho sobre la base moral y materialmente indestructible de aquel íntimo concierto que enlaza el bien obrar con lo más sagrado y positivo de los intereses del bien obrante; animándome en esto la esperanza de que las nuevas generaciones, cediendo al natural interés que semejante sistema educativo despierta, no dejarán morir mi obra, como las generaciones pasadas dejaron morir, quizá por teórica y desabrida, la antigua Moral médica.

En suma: el resultado del expuesto error ha sido que, aun hoy, sobre todo en las grandes naciones, que son las que nos surten de mucho bueno en materia de saber, pero también de todo lo malo en materia de costumbres, y salvos en cada gran nación, como honrosas excepciones, las lumbreras del especialismo propulsoras y rectoras del progreso en su respectivo ramo, el tipo del meriatra adolece de estos dos mortales defectos: en lo científico, una peligrosa reducción del campo de competencia; y en lo artístico, una manifiesta propensión al mercantilismo por falta de freno ético-profesional.

ERROR SEGUNDO

Y ahora vengamos al otro de los dos trascendentes errores á que se debe la crisis médica actual; error nacido de la crasa ignorancia en que hoy vegeta, salvo contadas personalidades, la masa de nuestro gremio; error aparentemente menos grave que el primero, pero en realidad muy peligroso para el prestigio facultativo; error consistente en creer que las especialidades médicas son una moderna creación, y que, por constituir el especialismo la forma más acabada de pericia clínica que el progreso ha engendrado, será, en plazo no le-

jano, la única subsistente, desapareciendo, en consecuencia, el tipo del pantiatra ó médico de visita general.

Este error, que bien considerado es doble, y como tal analicé en mi discurso de recepción en la Real Academia de Medicina, podemos aquí, sin grave inconveniente y en gracia á la brevedad, apreciarlo prácticamente como uno solo. Y así, de él diré que su primer extremo es falso, pues según tengo demostrado en mi *Curso de Patología general*, tanto las especialidades cuanto las teorías generales sobre la enfermedad, resultan aborígenes en la historia de la Medicina, y que ahí lo nuevo no es ni la Pantiatría ni la Meriatria en esencia, sino el cambio respectivo de su carácter. Así, el antiguo especialista fué un pozo de experiencia practicon, mientras que el moderno es un pozo de ciencia empírica, basada en la metódica observación; y por lo que dice al segundo extremo del error en cuestión, afirmo que es igualmente infundado al suponer que el tipo del pantiatra está destinado á sucumbir. Tal suposición, demás de falsa, resulta gravemente desairada para los médicos de visita general. En lo tocante á lo gratuito del supuesto, ved, señores, lo que arroja el estudio sociológico del asunto:

«Palpable es el hecho de que los pueblos, como partidos médicos, los buques, los cuarteles, los ejércitos en campaña, los colegios, las comunidades de todo linaje, los centros industriales apartados de población, las asociaciones de auxilio y socorro mutuos, los suburbios de las mismas capitales y cien otras especies y formas de colectividades, ya fijas, ya movibles, no han podido, ni pueden, ni podrán en lo porvenir obtener, siquiera para ocurrir al primer periodo de una afección dada, los consejos y cuidados del respectivo especialista. Y palpable asimismo es el hecho, raíz y fundamento de todos los anteriores, de que la familia, esa unidad elemental de las humanas sociedades, necesitará, mientras subsista como entidad y unidad genéticas, los consejos de un médico que, identificado con ella, conocedor de la relación histórica y del coeficiente orgánico de cada uno de sus individuos, depositario de todas aquellas íntimas confidencias en que se oculta la clave de muchos, cuando no de todos los padecimientos y de las consiguientes limitaciones de la indicación higiénica ó terapéutica, y dotado, en fin, de aquella permanente plenipotencia y aquel incomparable prestigio que sobre la voluntad y la imaginación llega á ejercer el médico que acierta á serlo, no del cuerpo sólo, sino de todo su cliente, pueda serle útil, cuando menos para todos aquellos servicios que perpetuamente, y por más que las especialidades progresen, le harán necesario en buques, cuarteles, villorrios y cuantas

entidades sociales de las mencionadas. Porque nunca se repetirá en demasía que el médico de familia es el arquetipo del médico general, del *pantiatra* ordinario de una colectividad. Él ve la marcha de la salud de todos; él prevé aquellos males que sólo al facultativo es dado prever; él advierte con oportunidad la importancia de lo que parece cosa baladí, ó asegura lo baladí de aquello otro que pudo causar infundada alarma; él adoctrina á las gentes sujetas á su consejo, anticipándoles verdades que la propia experiencia no sabe enseñar sino á costa de lágrimas; él reconoce y califica las afecciones en su principio, y nadie mejor ni más autorizado y competente que él para determinar si el caso requiere llamamiento expreso de un médico especialista, y mediar en la entrega, ó si de apartado lugar conduce á su cliente á la capital en busca de buen consejo, ser, de vuelta al pueblo, un puntual y discreto ejecutor del plan indicado por el especial facultativo; amén de muy buenas cosas que á las veces acierta á comunicar á éste para la clínica ilustración del caso concreto, y que no están ni pueden estar escritas en ningún libro; él, por último, es quien representa lo *permanente* de los intereses sanitarios de la familia y establece el único nexo racional y práctico entre meriatras de diferente ramo en aquellos casos, no raros ciertamente, en que dos ó más especies de afección, ó dos ó más diversos órganos afectos por una misma causa, reclaman la simultánea asistencia de distintos especialistas» (1).

Queda, pues, subsistente á perpetuidad, por motivos de índole social, el tipo del *pantiatra*, y lo que importa es que éste se ponga y mantenga á la altura de los tiempos.

Y cuanto á la desairada situación en que, de ser fundado el supuesto que combato, caerían los actuales *pantiatras*, bastaría para representársela hacerse cargo de las dos siguientes reflexiones: 1.^a, que, hoy por hoy, de hecho, y por el carácter mismo de la moderna Meriatria, los especialistas curan más y mejor y más pronto que los médicos generales, tales y como actualmente se crían, á la buena de Dios; y 2.^a, que si ante la conciencia pública resultase que el *pantiatra*, sobre curar menos y peor y más tarde que el meriatra, viviera en sociedad como órgano declarado caduco, y destinado en consecuencia á morir de atrofia, terminado su oficio provisional en la histórica evolución de la Medicina, dariase el caso de que las gentes dedicarían todos sus cumplimientos y respetos á los médicos especia-

(1) Véase *Concepto social de la división del trabajo en Medicina*. Discurso de ingreso del autor en la Real Academia de Medicina, 1888, págs. 18 y 19.

listas, menospreciando, cual desecho ó antigualla y «quiero y no puedo» del Arte de curar, al corrido y mortecino pantiatra.

¡No, vive Dios! (y perdonadme lo poco académico de la exclamación, porque hay despropósitos que no es posible combatir á sangre fría), ¡no, y mil millones de veces no! que si el mal ocasionado por tamaños errores es gravísimo, en cambio—ya os lo dije—no puede ser más fácil, seguro y expedito el remedio adecuado á su cura radical. Veámoslo.

SOLUCIÓN Á LA CRISIS

Demostrado queda que los dos expuestos y combatidos errores nacen de falta de educación histórica; puesto que el primero, por ignorancia de los principios hipocráticos, supone que en el experimentalismo de nuestros tiempos está todo entero el Arte de curar; y el segundo, por ignorancia de que la Meriatria y la Pantiatría son tan antiguas como el padecer, cree á pie juntillas que las especialidades son una radical novedad, y la teoría y práctica generales un arcaísmo próximo á desaparecer. Siendo, pues, simple ignorancia histórica la causa remota de los actuales errores, disipar esta ignorancia es la primera indicación; hecho lo cual cabe aplicar el remedio al daño; pues todo el secreto de la pronta y feliz resolución de la crisis profesional, objeto de mis razones, está en la discreta reincorporación del espíritu pedagógico de Koos al inmenso material científico del presente siglo; reincorporación en cuya virtud la antigua alma sin cuerpo del hipocratismo, transfundiéndose en el hermoso y fornido cuerpo sin alma de la moderna labor, realice el bello ideal de la Medicina, encarnándola, de una vez, en la plenitud del *Vir probus Medicinâ peritus*, rodeado, por fin, de todos los prestigios y fueros inherentes á su jerarquía históricamente sacerdotal.

Mas ¿cómo proceder á tan delicada incorporación? Esto es lo que voy á exponeros como objeto final de mi discurso.

DUALIDAD DE TAREAS

Dos distintas y muy diferentes operaciones exige el esfuerzo para conducir á buen camino la extraviada dirección del espíritu médico: una, la restauración pedagógica educativa, como fuente de probidad y sabiduría; otra, la reforma de la pedagogía instructiva, como

fuente de pericia y destreza; la primera puede y hasta debe ser obra de un solo hombre; la segunda debe necesariamente ser obra de muchos. Quien no me crea en este particular, repare que, según antes advertí, la revolución hipocrática, la educativa, aunque preparada por una serie de antepasados de HIPÓCRATES II, fué formalizada y realizada por éste solo, á quien por ello la Historia apellida EL GRANDE; mientras que la revolución moderna, la instructiva, ha sido y seguirá siendo obra de incontables contribuyentes. Imitar, por tanto, en esto, el movimiento histórico, es el más seguro criterio de buen acierto para el logro de la reincorporación anhelada. Y esto nos conduce de súbito, por encontrón de esquinazo, á la razón de nacimiento de esta ESCUELA PRÁCTICA DE ESPECIALIDADES MÉDICAS que tengo la dicha de daros á conocer. En efecto, si hasta estas fechas, yo, que gusto de predicar y dar trigo, y aun de dar trigo por toda predicación, me sostuve solo en mis esfuerzos por restaurar la pedagogía hipocrática y combatir, entre otras calamidades médicas, la de la crisis profesional contemporánea, en cambio hoy, tan pronto como he podido dar con una colectividad adicta y espontáneamente dispuesta á militar de conformidad con mis empeños, que han sido y serán siempre, bien lo sabéis, la exaltación del prestigio médico ante la sociedad, he aceptado con el mayor regocijo la coyuntura feliz de que tan digna colectividad aspire á intentar la reforma instructiva, es decir, aquella parte didáctica de mi programa, que yo, por solitario y por muy ignorante, no podría, aunque rebosara salud, desempeñar. Y así respiro de satisfacción al ver que, hecho ya por mí todo aquello que en mis facultades estaba, aparécense ahora, cual brotes de complemento de mi misma empresa, estos probos y peritos jóvenes, decoro de nuestra profesión y que fundan esta nueva sociedad animados de tan nobles y trascendentales propósitos, pudiendo yo dar, y dando, en efecto, por terminada la parte que personalmente me incumbía ejecutar en esa empresa de reacción salvadora.

Si, pues, mi labor en el asunto ha sido exclusivamente educativa, la de mis amados colegas será eminentemente instructiva. De la mía ahí quedan esparcidos por el mundo, en libros y folletos, los textos; fácilmente podrá reunirlos y leerlos quien por su dicha sienta levantadas aspiraciones profesionales y tenga eficaz voluntad de satisfacerlas. A quien no se dignare conocer mis bien intencionadas predicaciones, ¿qué le voy á hacer yo, que, por incapaz de ejercer presión en el ánimo de mis colegas, ni siquiera publico anuncios de las obras que tengo en venta? Y cuanto á la parte que en la campaña de realzamiento profesional van á tomar mis queridos colegas fundadores

de esta Corporación, repito que tiene, según al principio os dije, verdadera trascendencia, pues consiste en una combinación de modos y fines de enseñar, compensadora de las dos gravísimas dificultades que la pedagogía médica contemporánea opone á la perfección profesional, y son: contra los pantiatras, lo inabarcable de la Ciencia de curar; y contra los meriatras, la extrema reducción del campo de competencia; dificultades gravísimas en sí mismas, y generadoras, además, de conflictos clínicos muy desairados para la profesión y no poco perjudiciales á los enfermos. De todo lo cual, y mucho más, voy á daros muy clara cuenta, examinando las formas docentes adoptadas por esta nueva ESCUELA.

ENSEÑANZAS

Cinco son, y muy diferentes entre si, las especies de enseñanza con que esta Corporación se propone influir para la plausible solución de la crisis profesional que nos ocupa, y helas aquí:

- 1.^a La NORMAL DEL MERIATRA ó especialista.
- 2.^a La de TANTEO DE APTITUDES para la elección de especialidad.
- 3.^a La de COMPLEMENTO DEL PANTIATRA ó médico general.
- 4.^a La MUTUA entre los profesores de la Escuela; y
- 5.^a La CLÁSICA de cada ramo, como DOCTORADO DEL ESPECIALISTA.

I

Enseñanza normal

Aceptando mi definición de *Especialidad médica*, debe necesariamente el meriatra reunir estos cuatro requisitos: 1.º, verdadero aprovechamiento en sus estudios de Facultad; 2.º, un minimum de dos años de ejercicio pantiátrico ó general en algún centro de clientela, propia ó prestada; 3.º, un cabal aprendizaje en la especialidad elegida; y 4.º, la mayor suma posible de conocimientos en punto á solidarismo patológico entre las lesiones de los órganos objeto peculiar de la especialidad respectiva, y las de otros, más ó menos lejanos ó diferentes, que, no por ser asunto de otro ramo meriátrico, dejan de constituir, en rigor profesional, parte integrante del juicio clínico en su determinado caso.

Obvio es que, de estos cuatro requisitos, los dos primeros deben haber sido adquiridos por el neófito antes de su ingreso en esta Es-

cuela, ya que no está ni en los recursos de ella ni en los deberes inherentes á su naturaleza el proporcionarlos, pudiendo, en cambio, exigirlos. Lo que todo novicio hallará en esta Policlínica será el mayor celo para hacerle adquirir los otros dos requisitos, ó sea una enseñanza normal que en todo momento esté al nivel de los últimos adelantos del Arte en el mundo médico, y un asiduo llamamiento de la atención hacia los hechos de relación patológica establecida entre los diversos lugares anatómicos del organismo y la parte afecta objeto cardinal de observación; dándose á tales hechos de *patología relativa* toda la importancia que el tiempo y la fuerza imponente de la serena observación le van reconociendo en el terreno práctico, y que los especialistas de hace veinte años se resistían á reconocer por efecto de ceguera voluntaria, que es la peor y más invencible de las ceguedades.

II

Tanteo de aptitudes

Más grande aún que la variedad de nuestros órganos y tejidos es la de las humanas aptitudes, y así, en punto á cultivo de éstas en lo clínico, como en todo lo genial, si á muy pocos está reservada la universal disposición, atrevome, en cambio, á afirmar que á nadie le falta alguna traza notable, más ó menos especializada, para un determinado ramo de algún arte. Raro es el tonto y torpe que no resulta listo y mañoso para algo; lo arduo, á veces, está en descubrir el oculto ingenio; así, pues, entre cien médicos, tomados á granel, habrá sólo cinco ó seis que posean genio clínico igualmente poderoso para el claro ver y el hábil ejecutar en toda suerte de enfermedades; pero de los noventa y pico restantes, como cada cual acertare á dar con aquella especialidad que pudiéramos llamar *su media naranja profesional*, ninguno seguramente dejaría de resultar notable práctico en la adoptada rama del Arte. Acerca de esto, si los jóvenes que hoy escuchan ó mañana lean estas mis razones se hiciesen cargo del prestigio, del poder, de la riqueza que alcanza toda clase ó comunidad que pone gran miramiento en que cada uno de sus miembros se dedique á aquello que más cuadre á sus naturales aptitudes, ninguno dejaría de adoptar el sistema que para el caso en estas líneas recomiendo.

Hoy día, por regla general, se procede irreflexivamente en la elección de oficios, y con extremada ligereza en la de especialidades cli-

nicas; no siendo raro ver que un médico pierde los mejores años de su vida en cambiar de especialidad, por no haber procedido cuerda-mente en una elección de tanta importancia. Nuestros Galenos en ciernes suelen elegir especialidad, bien por sugestión de officiosos consejeros, bien por parentesco, ó cosa parecida, con algún meri-*tra* de arraigo y la consiguiente expectativa de un traspaso de clientela (como si las clientelas de hoy se dejaran traspasar bonitamente), bien por el prejuicio de cuál sea la especialidad más lucrativa, bien, en fin, por la razón más baladí que pueda adoptarse como criterio electivo, esto es, por la simple afición fundada en gratas, pero *engañosas* apariencias. En Bellas Artes es donde más se notan, por la misma libertad que su profesión consiente, los estragos causados por el funesto error de tomar por vocación ó aptitud la mera afición, cosas entre sí muy contrapuestas. La afición sólo anhela gozar de los resultados, al paso que la vocación, como nacida de la aptitud, se deleita hasta en el dolor inherente al técnico mecanismo. Así, por ejemplo, la afición al canto aborrece el solfeo y la vocalización, reduciéndose su única y urgente ansia á bérrear de oído en una tertulia casera tal cual romanza ó cavatina de pretensiones; muy al contrario de la verdadera vocación, de la nativa aptitud, la cual sabe gozarse meses y años en el duro engorro del solfear y del vocalizar, y todo por el anhelo de merecer un día el aplauso y la admiración de los inteligentes.

Aplicando, ahora, estas reflexiones á la elección de especialidad médica, afirmo, en primer lugar, que por no darse en nuestra pedagogía la debida importancia al tanteo de la aptitud individual, muchos médicos divagan, ó, lo que aún es peor, resultan dislocados á perpetuidad individual por haber errado de medio á medio en su opción definitiva; y, en segundo lugar, que aun de aquellos especialistas que siguen con regular éxito en su práctica meriátrica, puede asegurarse, salvo muy contadas excepciones, que en su preferencia por el ramo que cultivan sólo se tuvo en cuenta la afición, y en modo alguno el resultado del tanteo de la verdadera aptitud vocativa. De lo cual se infiere que, hoy por hoy y en todo el mundo culto, el personal de especialistas médicos, con arrojar ya un resultado muy plausible comparado con el de los pasados tiempos, dista mucho de producir ni la destreza, ni el prestigio, ni el lucro que el propio personal produciría de haber ajustado escrupulosamente su elección á las individuales vocativas aptitudes. Es esta una cuestión profesional de altísimo interés, porque trasciende simultáneamente al acierto, á la honra y al provecho.

Ahora bien, descubrir la especialidad más adecuada á la verdadera vocación de cada cual, independientemente y hasta á despecho de la superficial afición, he aquí el objeto de la forma de enseñanza que denominé *Tanteo de aptitudes*.

El método adoptado por ese tanteo es excepcional, pero muy sencillo. Al joven que se presente en esta *Escuela* diciendo que viene á tantear su aptitud, no se le dará la metódica enseñanza que como normal del meriatra acabo de explicar, sino que en el curso natural de la consulta de cada una de las especialidades á que vaya concurriendo, se le llamará la atención acerca de aquellos casos que, ya por arduos de explorar, ya por lo prolijo, arriesgado ó engorroso de sus tratamientos operativos, pongan á prueba la verdadera vocación del novicio, procurándose á más y mejor que, salvo los sagrados intereses del enfermo, colabore aquél como auxiliar á las exploraciones y tratamientos en los casos de prueba. En estas enseñanzas cada profesor se abstendrá de influir en el ánimo del discípulo, así en pro como en contra, de la especialidad que está tanteando; y cuanto al propio interesado, convendrá que hasta en su fuero interno se abstenga de toda opción, como no sea ésta muy provisional, hasta tanto que, habiendo hecho cata, simultánea ó sucesiva, de las diez ó doce principales especialidades, disponga de amplia base de experiencia y suficientes elementos de juicio en qué fundar su elección definitiva.

Observad que esta forma de enseñanza en nada se parece á la normal, anteriormente explicada.

III

Complemento de pantiatras

Si de una parte, y según antes demostré, el tipo del médico general no puede desaparecer, y, de otra, la enorme vegetación de los estudios médicos hace imposible que un solo hombre los abarque magistralmente todos, claro es que el porvenir del pantiatra se resuelve, como ya advertí, en el siguiente dilema: ó procurarse para las urgencias y necesidades de la práctica lo más capital de esos conocimientos especiales, cuya totalidad la mente humana no alcanza á *dominar*, ó resignarse á ir viéndose cada día más desconsiderado ante la opinión pública, más convertido en curandero legal con vistas y lejos de taumaturgo y más pigremente remunerado, mientras el especialista se va acreditando como curador efectivo, y va obtenien-

do, en consecuencia, pingües emolumentos. Perentorio es el dilema; pero sólo la desidia es capaz de optar por su segundo extremo, siendo, como es, tan hacedero y seguro lo que el extremo primero impone como condición salvadora. Basta para ello con que el pantiatra llegue á poseer en cada especialidad, por verdadera enseñanza práctica (la cual, por sólo ser práctica, resulta *clara, breve, eficaz é involu-dable*), aquello de que le es, á las veces imposible, á las veces desairado desentenderse en el ejercicio de su visita general; á cuyo fin diré, lisa y llanamente, cuáles son las iniciaciones que así el pantiatra como el estudiante de término que quiera ó deba en su día ejercer de médico general, han de recibir de los médicos especialistas.

Bueno es que quien asiste á las diversas clínicas meriátricas para completar su educación profesional, tome experiencia, y nota y todo, de cuantos casos á las diversas policlínicas concurren; mas lo interesante, lo que ha de redundar en honra y provecho del pantiatra ante las gentes, es: 1.º, adquirir verdadera pericia exploratoria, á fin de poder descubrir por sí mismo, y en todo caso, la lesión delatada por un determinado síndrome; 2.º, tomar experiencia de los casos más graves y ejecutivos; y 3.º, conocer y haber visto aplicar y aun aplicado aquellos tratamientos de urgencia que, sin pertenecer de rigor á las sublimidades del Arte (las cuales no se poseen sino especializándose en ellas), constituyen más de cuatro veces *milagrosas nonadas* que quizá en un santiamén cambian lo grave en leve, cuando no lo resuelven como por ensalmo. Lo demás, lo vulgar y de batalla de cada especialidad, se lo dan á cualquier mediano entendedor los casos ordinarios que incidentalmente ve en los consultorios que para sus estudios de complemento ha visitado.

La resultante de esa iniciación del médico general en los secretos de la Meriatria es—y aquí reclamo, señores, vuestra mayor atención—un triple beneficio repartible entre la Pantiatría, la Meriatria y la humanidad doliente, pues la experiencia enseña que, por virtud de tal iniciación, el pantiatra sale ganancioso porque acrecienta grandemente su capacidad para ocurrir á los casos de urgencia que por razones de lugar, v. gr., un buque en travesía, una columna en campaña, una casa de campo muy apartada del centro de población, no permiten el llamamiento de especialistas, y á su vez éstos salen favorecidos, porque la iniciación de los pantiatras, sin haber *transfundido* en el espíritu de éstos el pleno dominio de las especialidades, les ha *infundido*, sin embargo, un gran respeto hacia los que las profesan, convirtiéndose en la práctica este sentimiento en mayor dili-

gencia y celo de los médicos de visita general para mover á las familias á que tomen consejo de un especialista cada y cuando el caso vale la pena, que es precisamente cuando el especialista hace más caso de un caso; y, finalmente, por tan fecunda iniciativa del pantiatra, sus clientes sacan ánima del purgatorio, pues tal pie de relaciones entre pantiatras y meriatras propende á evitar las ocasiones, asaz frecuentes hoy, de perjuicio grave irrogado á un enfermo, ahora por el funesto término de males que la ignorancia del médico ordinario impidió fueran reconocidos á tiempo, ahora por la imprudencia temeraria de un medicastro en emprender determinada cura para cuya obtención no estaba debidamente preparado.

En este punto no me cansaré de repetir, por habérmelo enseñado la experiencia, que el pantiatra resulta tanto más prudente en la práctica y deferente y benévolo para con los meriatras, cuanto mejor y más variada ha sido la iniciación de él en los secretos del especialismo. En concepto de pantiatras ignaros y rutinarios siempre es temprano para aconsejar se llame á un meriatra, mientras que, en concepto de pantiatras capaces de salirse por sí mismos de una urgencia sobre casos de cualquiera especialidad, siempre pudiera ser tarde el diferir para mañana, en cosas de respeto, el llamamiento de un caracterizado especialista. Y es, señores, que según ya Hipócrates dejó advertido, en Medicina—como en toda profesión—la ignorancia es fuente de temeraria osadía, al paso que el saber lo es de saludable prudencia.

Ved, pues, cómo los estudios que llamé de *complemento pantiatrico* son beneficiosos á la práctica general, á las especialidades y á los enfermos, y además, reflexionad hasta qué extremo esta especie de enseñanza difiere de las dos antes explicadas.

IV

Enseñanza mutua

Hay una forma de instrucción recíproca que en lugar de ser ejecutada á sabiendas, como lo es la llamada lancasteriana, se practica de modo que las personas se adoctrinan unas á otras sin darse cuenta de ello, y hasta sin poder, como quien dice, remediarlo; esta enseñanza se produce donde quiera que, dentro de un género de arte ó de industria, se reúnen cotidiana ó muy frecuentemente, para fines profesionales, numerosos cultivadores de diversa especial competencia. Sujétese á observación una cualquiera de esas colectividades, y se po-

drá contemplar el interesante fenómeno de que os doy cuenta. Pero, de todas las colectividades aludidas, la que proporciona al observador un resultado más elocuente, sin duda por lo numeroso, variado y demostrable de la diversidad de competencias que á ella concurren, es, ciertamente, una grande orquesta teatral. En ella cada profesor lo es del instrumento que tañe, y, sin embargo, cada uno de aquéllos habla de los instrumentos profesados por los demás como si él fuera profesor de todos; y, así, v. gr., un fagotista os hablará con acierto y segura crítica de la extensión de cada instrumento de cuerda y arco, de metal, de madera y demás, y de los registros de sus respectivas escalas, y de cuáles son sus notas firmes y cuáles las falsas ó de peligroso ataque, y de las artimañas efectistas á que según su respectiva condición se prestan, y del papel que su timbre desempeña en los conjuntos armónicos, y, en fin, de mil particularidades más de los orquestales elementos. En toda orquesta, por tanto, cada músico es un especialista cuya capacidad ejecutiva se limita, en verdad, al instrumento de su peculiar devoción, pero que, merced al cotidiano profesional trato con sus colegas de diversa competencia, va reuniendo un conocimiento técnico general que le convierte en *especialista virtual* de los demás instrumentos, siendo muy de advertir que esta virtualidad de competencia no se queda en mera abstracción, sino que tiene el inmenso valor práctico de infundir á cada músico la capacidad de empuñar la *battuta*, si durante un ensayo (que es lo más arduo del dirigir), inutilizara al maestro director un imprevisto accidente.

Tales son las maravillas que entre especialistas de un determinado ramo de la humana actividad obra lo continuo del trato profesional y que los profesores de esta Escuela práctica se prometen obtener como resultado de las íntimas y constantes relaciones científicas en que piensan vivir unidos. Y mucho deben prometerse de tal mutualidad de enseñanza involuntaria, ya que la capacidad enciclopédica virtual por ellos de tal modo adquirida trascenderá á mucho más que á la dirección de una orquesta teatral; puesto que será capacidad para dirigir, en caso necesario, la orquesta de orquestas, el gran concierto clásico del organismo viviente, ante cuya complicación resultan sonatas de mezquina murga los sublimes festivales wagnerianos.

Esta mutua enseñanza, por aquello de que «la gota horada la piedra, no por la fuerza en el caer, sino por la frecuencia de la caída», hará que cada especialista ejerza sobre los demás, y de éstos á su vez reciba, el doble trascendental servicio de recordarle la total

Medicina que elementalmente y prendida con alfileres le fué enseñada en las aulas, y mantener siempre el conocimiento de ella al nivel de los más adelantados estudios; con lo cual el especialista recibirá á su vez, aunque por diferente y muy descansada manera, sus estudios de complemento análogos de los que al pantiatra acabo de recomendar, aunque con el fin diametralmente opuesto, toda vez que el pantiatra adquiere, por los recomendados estudios, la capacidad para salirse de apuros en cosas de medicina especial, mientras que el meriatra adquiere, por la enseñanza mutua que descrita dejo, la capacidad de salvar airosamente los compromisos que para él son de Medicina general, en cuanto están fuera de la especialidad suya.

No hay para qué probar que en nada se parece este sistema á ninguno de los tres cuya exposición le precede.

V

Doctorado del especialista

Llegados á la última de las cinco especies de enseñanza que esta naciente *Escuela* se propone utilizar, paréceme lo más expedito transcribiros aquí los párrafos de una PLÁTICA mía, enderezada en 1895 á mis estimadísimos colegas *in fieri* los estudiantes de Medicina de Barcelona, con ocasión de darles gracias por el entusiasmo con que tomaron parte en un acto solemne excesivamente honroso para mi persona. En dicho escrito, tratando, entre otras cosas, de hallar un tema á propósito para una serie de conferencias á ellos dedicadas, les expuse, acerca de ese especial doctorado, lo que vais oír:

«De gozar yo salud, siquiera mediana, era ésta la ocasión oportunísima de realizar un pensamiento que en 1881 concebí, y del cual me disponía á dar una primera muestra en el Colegio de San Carlos cuando la fatalidad dió en tierra con mi cuerpo.

»Os lo expondré, porque lo juzgo utilísimo, y quizá, dado á conocer, quiera otro, con la debida preparación, realizarlo en beneficio de todos. Mi pensamiento era la fundación de una enseñanza bajo el título de *Doctorado del especialista*, enseñanza compuesta, para cada especialidad, de tres cursillos, á saber: uno de Biología teórico-práctica superior, humana y comparada, del órgano, aparato ó sistema objeto de la respectiva especialidad; otro de Físico-química aplicada al diagnóstico y á la terapéutica del mismo; y otro, en fin, de Historia de su origen y desenvolvimiento á través de los siglos. De cada una de esas trilogías, ó sea del doctorado de cada especialidad, irían

aprovechándose el texto y las figuras para el consiguiente libro, y la colección de preparaciones anatómicas para los departamentos especiales del Museo anatómico de la Facultad.

»Paréceme que sería ofender vuestra ilustración encareceros la importancia de este especial *Doctorado*, ya como robustecimiento del médico ó del alumno próximo á licenciatura, para entrar con pie firme, merced al superior estudio biológico, físico-químico é histórico, en el cultivo de su preferida especialidad, ya como garantía social de que aquel especialista no degeneraría en industrial peligroso» (1).

Ahora bien; aceptado en principio por los fundadores de este nuevo centro el proyecto de estudios magistrales que bajo la denominación de *Doctorado del especialista* acabo de comunicar, propónense irlo realizando al compás que sus materiales recursos y escasos ocios se lo vayan permitiendo. Además, el personal numerario de este establecimiento cuenta para tan ardua y delicada empresa, con el valiosísimo concurso de profesores extraordinarios de grande autoridad en asuntos de Histología y Anatomía clásica y Fisiología humana y comparada, como también de Físico-química, aplicadas á exploraciones y tratamientos; y por lo que se refiere á la parte histórica, no faltará quien, sin más pretensión que la de llenar un hueco, se encargue de ir completando cada uno de esos nuevos doctorados con la monografía evolutiva de la correspondiente especialidad, desde los primitivos hasta los corrientes tiempos.

SOLIDARIDAD FINAL DE ENSEÑANZAS

Un lazo, sin embargo, y muy estrecho, mantiene en solidaria unidad esas cinco formas instructivas: este lazo lo establece la común finalidad trascendental del ennoblecimiento del médico, así general como especial, mediante procurarse aquella completez de autoridad que de hoy en adelante, abiertos de par en par los ojos de la opinión pública, sólo podrá tener por sostén la plenitud de la competencia en todo el radio de la jurisdicción profesional, y con ella hacer frente á todas las complicaciones, vicisitudes y contingencias de la práctica. Así, lo que llamo *Enseñanza normal del meriatria*, propende á mostrar á éste y encarecerle la importancia de los hechos patológicos de relación; la de *Tanteo de aptitudes* propónese descubrir la especialidad

(1) Véase la edición escolar de la citada *Plática inaugural*, páginas 20 y 21. Barcelona, 1895.

más adecuada á las disposiciones del neófito, ó sea, la más beneficiosa en todos conceptos para la humanidad y para él mismo; la de *Complemento de pantiatras* va derecha á poner las facultades del médico general á la altura de sus profesionales compromisos; la *Mutua* proporciona á cada especialista un resultado opuesto al de la enseñanza de pantiatras, ya que precisamente es la competencia natural del pantiatra lo que proporciona al meriatra; y, por último, la del *Docorado del Especialista* tiende á levantar el espíritu de éste, mostrándole las grandezas y los prestigios de la ciencia clásica de su ramo, á fin de que, vistos por él los elevados orígenes de su propio ramo profesional, no sólo se resista á descaecer, sino que aun quizá entre en apetencia de concurrir al adelantamiento y á la glorificación de su especialidad predilecta.

Todo este conjunto de levantadas aspiraciones forma el alma de aquella mi definición: «*Especialidad médica es la aplicación de toda la Medicina á un orden particular de casos prácticos*», que en 1878 propuse al público médico; quien la adopte, seguirá los rumbos que conducen á la mayor suma de prestigio y de provecho; quien la deseche, ateniéndose al concepto dominante de «Especialidad», descenderá sin remedio, del aislamiento intelectual al industrialismo, y gracias que no llegue, por la pendiente del mercantilismo, á más abajado nivel.

En conclusión, ya veis, señores invitados, que si grave es el mal que delaté, no puede, en cambio, ser más expedito y seguro el remedio que para curarlo propongo. Y si, como espero, han podido mis razones labrar en vuestro ánimo el convencimiento de que no caí en exageración al afirmaros que la nota específica, el ideal característico del naciente Centro policlínico, en cuanto Escuela, es «*el logro de trascendentales fines, nunca hasta el presente perseguidos por otra Policlínica docente*», atrévome ahora á rogaros os dignéis ayudar con vuestra moral influencia á la realización de tan desinteresados propósitos. Os lo ruego, y no porque el padrino me obligue á ello, pues precisamente la bondad y la alteza de fines de esta Corporación fueron los motivos que me resolvieron á apadrinarla.

Y vosotros, amados compañeros de comunidad, permitidme os dirija con vivo encarecimiento el consejo de que no desmayéis en vuestro empeño. Cierto que en el mundo á todo el que emprende algo bueno hay que alentarle de continuo repitiéndole aquello de que «no se ganó Zamora en una hora»; pues la naturaleza humana es tan mala conductora del bien como buena suele serlo de lo malo. Sin embargo, el corazón me dice que la clase médica os recibirá con aplauso, y que, para honra de la Medicina patria, no tardará aquélla

en pasar del aplauso á la eficacia. En todo caso, repetido con Talleyrand: «El tiempo y yo contra otros dos.»

Cuanto al espíritu crítico, nada temáis de él; el sano criticar es de suyo razonable, y en el presente caso reconocerá que la razón en redondo está de parte vuestra. No diré lo mismo del espíritu criticón. El criticón es un infeliz apoderado de sarna espiritual, y en su incesante sufrir de hormigueos y picores y comezons de la cerebral corteza, que es el cutis del espíritu, no pudiendo rascarse desde fuera con las uñas de las manos, ráscase desde dentro con las uñas de la maledicencia; por cuya razón maldice de todos y de todo lo del mundo, aunque nadie en el mundo le dé pie para ello. Y de fijo—como si lo oyera—que algún criticón os zaherirá de inmodestos, presumidos, fatuos y qué sé yo qué más, porque habéis dado á vuestra Policlínica el título de ESCUELA. A quien tal os dijere, demostradle que se engaña al creer que el magisterio supone, en quien trata de ejercerlo, una altísima idea de su propia sabiduría, haciéndole ver que, salvos el grado y la calidad de la cosa enseñada, tan maestro es el rapazuelo de tres años que enseña á su hermanito de dos las mañas para alcanzar el pote de confituras guardado en la despensa, como lo es el Pontífice Sumo al enseñar por sublime encíclica á los fieles el camino para alcanzar aquellos otros dulzores de la eterna bienaventuranza. Y siendo esto verdad, como lo es, ¿no ha de haber en ese dilatadisimo escalafón del humano magisterio un lugar, un grado, donde, con honesta pretensión y muy perfecto natural derecho, se den á enseñar hombres hechos y acabados como todos vosotros, amén de Doctores por ley del Estado? Porque en el mundo, ¿quién tan sabio que nada tenga que aprender, y quién tan ignorante y negado que no pueda enseñar á otro cosas muy dignas de atención y aprovechamiento? ¡Cuidado si son indoctas, demás de tontas, el agua y la cal viva! Y, sin embargo, vedlas cómo, al juntarse, luego al punto el agua se apresura á enseñar al terrón el arte de reblandecerse, y cómo el terrón, á su vez, se desgañita por enseñarle al agua el arte de calentarse. Por donde se llega á una de estas dos conclusiones, á saber: ó que el Universo mundo es una universal Universidad, regida por el sistema lancasteriano, ó que las relaciones docentes del mundo intelectual se reducen á un caso particular de la inestabilidad de las fuerzas universales en busca de un ideal igualitario equilibrio.

Esto le diréis al criticón, y callará porque no os habrá entendido, justamente en razón de ser tan claras vuestras razones.

Y ahora, para acabar, ¿qué os diré, de mí á vosotros, por vía de

epilogo de este discurso sin exordio? Tanto y tanto mi corazón os debiera decir, que casi estaba por despedirme, como suele decirse, á la francesa, pues siempre las entrañas anduvieron reñidas con la retórica. Redúzcome, por tanto, á aseguráros que por el paso de hoy os felicito y me felicito; lo primero, porque esta *Escuela* fija la directriz de vuestro porvenir; y lo segundo, porque en ella yo capitalizo una parte de mi pasado.

Para comprender la inefable satisfacción en que hoy me solazo, es preciso haber sentido sucesivamente los desalientos de predicar en desierto y la regocijada sorpresa de escuchar, tras larga pausa, voces de simpatía como pruebas ciertas de que el sermón no fué perdido y de que, para la verdad predicada con fe y perseverancia, hasta los desiertos oyen.

En mí, lo inefable de la satisfacción sube de punto, porque viejo y maltrecho, ya para mi carne no hay más analépticos que los motivos de expansión moral. De ellos me mantengo, por ellos me restauoro, y del gozo que acabáis de proporcionarme con vuestra fundación, puedo aseguráros que ha sido la satisfacción del año.

Bendita sea, pues, la ESCUELA PRÁCTICA DE ESPECIALIDADES MÉDICAS, á quien deseo dilatada y brillante vida para honra, y prez, y gloria de la Medicina española.—He terminado.

ALOPATÍA

Palabra es esta cuya enunciación no sólo despierta la idea de su significado, sino que evoca el recuerdo de aquella formidable lucha provocada entre los hijos de Esculapio por el más grave y trascendental de los cismas que la historia de la Medicina registra en sus anales, y que mantuvo fija la atención y palpitante el interés del mundo entero durante el tercio medio del siglo XIX. Motivo hay, pues, para examinar con alguna profundidad la significación y los alcances del vocablo. Ideado éste y lanzado al comercio universal del lenguaje por el mismo Samuel Hahnemann, no expresa en verdad aquello que debiera expresar, sino aquello otro que á los intentos del profundo y sagaz autor del sistema homeopático convenia.

En efecto, Alopátia, lat. *Allopathia*, viene del gr. *ἄλλος*, otro, diferente, diverso, y *πάθος*, padecimiento, afección; de suerte que en puridad significa «diferencia de padecimientos», ó «padecimiento di-

ferente», ó «disconformidad de sentimientos», mientras lo que su autor se propuso y logró que se entendiera y aceptara fué la idea de «curación por los diferentes», ó sea «tratamiento de las enfermedades á favor de remedios cuya acción sobre el cuerpo sano es diferente de la que provoca la misma enfermedad»; para lo cual, el nombre técnico apropiado era Aloterapia (lat. *Allotherapia*, del gr. ἄλλος y θεραπεία, servicio, cuidado, tratamiento). Empero Hahnemann, que además de ser genio muy original y profundo (quizá el mayor que ha tenido la Medicina en la primera mitad de nuestro siglo), poseía (cosa rara entre pensadores) un exquisito sentido de lo que es el mundo, no quiso denominar su sistema *Homeoterapia* (*Homœotherapia*) ó cura por los semejantes, pues esto tan sólo trasciende á cosa de tratamiento, del arte, de la práctica, sino que lo llamó *Homeopatía* (*Homœopathia*), por cuanto en el orden ideológico, de *pathia* á *pathos*, de *pathos* á *pathologia* y de *Pathologia* á Doctrina médica formal y fundamental, no hay ni siquiera un paso, sino que, por instantánea ilación de ideas, se realiza la fusión de aquéllas en la mente de cualquiera, médico ó profano, de regular cultura.

Con este precedente, adoptada por Hahnemann la raíz etimológica *pathos* para denominar su doctrina, no había de adoptar la raíz etimológica *therapeia* para apellidar precisamente la opuesta, ó, mejor dicho, aquella que por ser la tradicional, y, en su sentir, falsa, era el objeto de sus exterminadores esfuerzos. Tal fué el motivo de la inexactitud del vocablo.

Otra discordancia relacionada con la voz *Alopatía* se echa de ver en la terminología hahnemánica, y consiste en que, mientras en el tecnicismo de la escuela están siempre contrapuestas las dos palabras *Homeopatía* y *Alopatía* (lo semejante y lo diferente), en el fondo siempre la pugna versa entre el *similia similibus* y el *contraria contrariis*; en vista de lo cual, el curioso medianamente pensador se pregunta: ¿Por qué razón, si los nombres no expresan el antagonismo entre lo semejante y lo contrario, sino entre lo semejante y lo diferente, han de expresarlo los postulados? O viceversa: ¿Si los postulados llevan por nota lo contrario y lo semejante, cómo no lo predicen las denominaciones? ¿A qué esta inconsecuencia? ¿Cómo no dijo Hahnemann desde el principio al fin de su *Organon*: «Combato la doctrina de los diferentes y la llamo *Alopatía*», ó bien «combato la doctrina de los contrarios y la llamo *Antipatía*, ó con más propiedad etimológica y menos confusión de sentido, *Enantiopatía*?»

De creer es que esta indeterminación reconoció en el fondo del espíritu de Hahnemann un motivo de conciencia; tanto más cuanto

que, según más adelante se verá, suya es la clasificación de los tratamientos médicos en cuatro especies, á las cuales apellidó con los respectivos nombres de *Homœopathia* (Med. de los semejantes), *Enantiopathia* (Med. de los contrarios), *Allopathia* (Med. de los diferentes) é *Isopathia* (Med. de los iguales en naturaleza), y, por lo tanto, acerca de este punto todo es de suponer en el ánimo de Hahnemann menos inadvertencia ó ignorancia. Lo que hay es que jamás la superior inteligencia del ilustre cismático dió muestras de ensañamiento contra Hipócrates ni contra aquello que constituye el espíritu inmutable, indestructible del hipocratismo; doctrina que, después de este imponente llamamiento á la conciencia moral: *Vita brevis, ars longa, occasio prœceps, experientia fallax, judicium difficile. Oportet autem non modò se ipsum exhibere quæ oportet facientem, sed etiam ægrum, et præsentes et externa*, define terminantemente la Medicina: *Ars curandi contraria contrariis; Ars curandi, qua via curat sua sponte natura*; revelando en su autor una rectitud en el pensar, una sobriedad en el decir y una escrupulosidad en el consejo, dignas de toda veneración. Combatir á Hipócrates en los particulares empíricos y en los términos materiales de expresión es llana empresa, más llana hoy que ayer, y más aún mañana que hoy, y siempre útil; pero combatirle en el espíritu de su doctrina, es tan petulante y peligroso como tirar piedras al zénit.

Así es que, ante el ánimo de Hahnemann, aquel segundo párrafo *Ars curandi, qua via curat sua sponte natura*, que parece un mero aditamento expletivo del primero, constituía un antemural inexpugnable. Quien quiera saber qué quiso decir Hipócrates en su *contraria contrariis*, medite serena y hondamente los alcances del párrafo segundo, y entonces verá y reconocerá que el más legítimo y opuesto contrario al mal ha de ser, de necesidad, la naturaleza misma del paciente; y al investigar y descubrir lo que ha hecho ésta en los casos en que le es dado triunfar de los males (*contraria*), hallará que aqué- llo, y no otra cosa, es lo que realizan los remedios *inmediatos* á favor de los cuales (*contrariis* de Hipócrates) se verifica toda cura, así natural como terapéutica, así alopática como homeopática, así á la antigua como á la moderna usanza. ¿Se quiere un modo terapéutico el más distante de lo literal del hipocratismo? Pues sea la cura de la tisis por las inhalaciones del *bacterium termo*. ¿Y qué pasa en el fondo de esta cura? ¿Qué ha hecho el microbio remedio? ¿Acaso este diminuto vegetal tiene colmillos con que despedazar á su congénere, aunque de distinta especie, el de la tuberculosis? No; lo que ha hecho el *bacterium termo* se reduce á modificar el medio intra-pulmonar en

tal modo, que éste sea adverso á la conservación del microfito de la tisis y favorable á la cicatrización del pulmón; es decir, lo mismo, exactamente aquella misma revolución que un viaje, un cambio de régimen, un tránsito de edades, ó un grado determinable de fortaleza orgánica (*spons naturæ*), pone á la tuberculosis pulmonar en condiciones de curarse. De suerte que el arte de curar un tísico por medio del *bacterium termo*, no es ni más ni menos (y con perdón de atolondrados sea dicho) que *Ars curandi, qua via curat sua sponte natura*. ¿Sabía Hipócrates, ó alardeaba de saber, cuáles son los *contrarios* para toda clase de enfermedades?—La verdad de su primer aforismo: *Vita brevis*, etc., le impedía saberlo, y el hecho de ser él su autor no le consentía presumirlo. Lo que Hipócrates sabía es que en el segundo párrafo de su segundo aforismo planteaba el problema é insinuaba el programa de las investigaciones del porvenir, y que toda invención curativa debía venir á ser como un nuevo brote de aquella verdad que él dejó sembrada y avivada en la modesta maceta de su aforismo segundo.

No, á otra parte apuntaba Hahnemann su formidable artillería. La Medicina vana, la Medicina ciega, la Medicina practicon y peligrosa, toda ignorancia, envuelta en campanudo tecnicismo, y la Medicina de moda, como los trajes de las frívolas damas, aderezada con las novedades analíticas, no ya del siglo, sino á veces del lustro y elevada á doctrina por *fashionables tailleurs* de petulantes fantasías; aquella Medicina, en fin, con más erudición que ciencia y más arrojo que conciencia, cuyas muertes no tienen descargo racional, y cuyas curas resultan verdaderos triunfos de la naturaleza contra el arte, todo eso es lo que el denonado Hahnemann tomó por su cuenta, y, bautizándolo con el nombre de *Alopatía* y no de *Enantiopatía*, lo hizo pedazos con aplauso del mundo, satisfacción de médicos prudentes y grande enmienda de la secular Medicina. V. HOMEOPATÍA.

Y como quiera que todo lo dicho pudiera parecer temerario juicio acerca de las intenciones de Hahnemann, dejemos que él mismo haga buenas las antecedentes razones.

En el prefacio de su *Exposición de la Doctrina médica homeopática ú Organon del Arte de curar*, dice: «La antigua Medicina, ó la Alopatía, para decir algo de ella en general, supone en el tratamiento de las enfermedades tan pronto una superabundancia de sangre, que jamás tiene lugar, tan pronto un exceso de principios y de acritudes morbificas. En consecuencia, sustrae la sangre necesaria á la vida, y trata, ya sea de barrer la supuesta materia morbífica, ya de llamarla á otros puntos por medio de los vomitivos, de los purgantes,

de los sudoríficos, de los sialagogos, de los diuréticos, de los vejigatorios, de los cauterios, etc. Se imagina por este medio disminuir la enfermedad y destruirla materialmente; mas sólo consigue aumentar los padecimientos del enfermo y privar al organismo de las fuerzas y de los jugos nutricios necesarios á la curación. Ataca el cuerpo con dosis considerables, largo tiempo continuadas y frecuentemente renovadas, cuyos prolongados efectos, las más veces temibles, le son desconocidos. Parece que ella misma se propone desfigurar la acción, acumulando muchas substancias desconocidas en una sola fórmula. En fin, con un largo uso de estos medicamentos, añade á la enfermedad ya existente otras nuevas enfermedades medicinales que es imposible á veces curar. Tampoco deja nunca, para mantenerse en buen crédito con los enfermos, de emplear, siempre que puede, medios que, por su oposición, suprimen y palian durante algún tiempo los síntomas, pero que dejan tras de sí mucha mayor disposición á reproducirlos, es decir, que exasperan la enfermedad misma. Mira, sin razón, los males que ocupan las partes exteriores del cuerpo, como si fueran de naturaleza puramente local, como aislados é independientes, y cree haberlos curado cuando les hace desaparecer con tópicos, que obligan al mal á dirigirse sobre una parte más noble y más importante. Cuando no sabe qué intentar contra la enfermedad, que se resiste á ceder, ó que va siempre agravándose, emprende, si quiera á tientas, modificarla con los alterantes, notablemente con el calomel, el sublimado corrosivo y otras preparaciones mercuriales á altas dosis.

»Hacer incurables, y á menudo mortales, las noventa y nueve centésimas de las enfermedades que afectan la forma crónica, sea debilitando y atormentando sin cesar al enfermo, postrado ya por sus propios males, sea acarreándole nuevas y temibles afecciones: tal parece ser el objeto de los funestos esfuerzos de la antigua Medicina, objeto que fácilmente se consigue una vez puesto el médico al corriente de los métodos acreditados, y hecho sordo á la voz de la conciencia.....

»Este arte funesto, que de una dilatada serie de siglos se halla en posición de decidir arbitrariamente de la vida y la muerte de los enfermos, que sacrifica diez veces más hombres que las guerras más mortíferas, y que hace á millones de otros infinitamente más dolientes de lo que eran en un principio, la examinaré bien luego con algunos detalles, antes de exponer los principios de la nueva Medicina, que es la sola verdadera.

»Es muy diferente de esto la Homeopatía, etc.»